

# Teología del perdón y la misericordia

Guillermo Santomé Urbano, OP

## Presentación

### Reflexiones para el Tiempo de Cuaresma

Lo esencial de esta reflexión es fácil de resumir; es más difícil vivirlo.

¿Me he arrodillado y me he dejado abrazar por un Dios misericordioso?

El Capellán de bomberos que quedó sepultado cuando, de rodillas, daba la extrema unción a un bombero en las Torres Gemelas de Nueva York, el día 11 de noviembre del 2001, es un ejemplo de lo que es lo esencial para un creyente.

Etty Hillesum, asesinada en un campo de concentración nazi decía: "Los otros hombres son parcela de Dios. Tenemos que preocuparnos por los seres humanos; tener una hospitalidad sin límites, compasión por el sufrimiento del otro, incluso por su maldad. Amo tanto a los hombres, porque en cada uno de ellos amo algo de Ti, Dios mío".

Incluso en los enemigos, en los llamados "sapos" de las SS, Etty veía imágenes rotas de Dios.

Sentir las angustias de los demás. Ser un corazón que albergue el dolor del mundo. Tener una hospitalidad transformadora. Todo eso es esencial.

En los pasillos abarrotados por los que venían al campo de concentración a ser "registrados", Etty sentía la necesidad de arrodillarse ante la gente, y decía: "Este es el único gesto de dignidad humana que nos queda en esta época terrible: arrodillarnos ante Dios".

Esta página sobre "teología del perdón y la misericordia" consta de cinco párrafos:

## 1. Felices los misericordiosos

***“Sed misericordiosos como Dios es misericordioso”*** (Mt. 18, 21-35).

Formidable enseñanza en boca de Jesucristo.

Misericordia es una palabra que significa que la miseria, la pobreza, la enfermedad e incluso el pecado del otro es acogido con ternura en el corazón del que ama.

Misericordia es una actitud de apertura incondicional hacia el hermano, incluso hacia el enemigo, intentando restañar sus heridas con nuestra comprensión e indulgencia. Es la presencia de su dolor en nuestro propio corazón, y la de su pobreza física o espiritual en nuestra propia carne.

Misericordia no es debilidad. Es fortaleza del que ama. Así nos la presenta Cristo en el Sermón de la Montaña.

Sólo Él se atrevió a llamar felices y bienaventurados a los hombres de corazón misericordioso. Sólo Él ha prometido misericordia a quien la tenga con sus hermanos.

Por eso, misericordia es la felicidad de sentirnos acogidos en su Reino y en su amor.

Los filósofos paganos veían en la misericordia cierta debilidad del espíritu humano y, con frecuencia, una injusticia que infringía ciertos derechos cívicos. Para ellos, la justicia debía ser rigurosa, exacta; no debían bastar ni las disculpas ni el compadecerse.

## 1.1. Cristo, misericordia de Dios

Cristo desborda todo sentido de justicia humana: Él es el único que puede juzgar en verdad, el único que ve en lo profundo del corazón del hombre. Por eso la justicia de Dios está traspasada por la misericordia. Él es el único que penetra en la profundidad de nuestra miseria y sabe del barro del que estamos hechos. Él no se escandaliza de nada. Él asume toda pobreza física y moral y la purifica en el fuego de su amor.

Cristo crucificado es la misericordia de Dios, el abrazo firme y tierno de su amor infinito a nuestras incontables miserias. Cristo es un derroche de amor por el que el Padre nos acepta en nuestra humanidad debilitada y pecadora. Cristo es la justicia de Dios desbordada por su misericordia.

Nosotros no podemos comprender la profundidad de la misericordia divina.

La misericordia clama por la misericordia; por eso, Jesús quiere que seamos misericordiosos como El, porque solamente así la misericordia de Dios se derramará sobre nosotros.

Cristo promete la felicidad, la alegría de sentirse perdonados, a todos los que tengan misericordia y perdonen de Corazón. Nos lo dice en la oración del *"Padre Nuestro"*, lo enseña en numerosas parábolas y su enseñanza adquiere valor escatológico cuando dice que, en el día del juicio, se nos preguntará por la extensión, profundidad y la gratuidad de nuestra misericordia: *"Venid benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve desnudo y me vestisteis, fui forastero y me acogisteis, estuve enfermo y me visitasteis... Cuando estas cosas hacíais a uno de los más pequeños del mundo a Mí mismo me lo hacíais..."* (Mt. 25, 31-46).

Nuestra dicha futura depende del grado de nuestra misericordia actual. En el presente nos estamos jugando la dicha del mañana eterno: es más, si hoy somos misericordiosos habrá ya comenzado en nosotros la felicidad definitiva, de sentirnos bendecidos y aceptados por Dios.

## 1.2. Felices los misericordiosos

Nuestra misericordia tiene que ser a imagen y semejanza de la de Cristo.

En cuanto humana, tiene que estar penetrada por un santo temor, pues también nosotros somos pecadores. Tiene que ser humilde, pues la misericordia es amor, y, al ejercerla, no podemos zaherir los sentimientos de nuestro hermano. Para ser misericordiosos tenemos que humillarnos, colocarnos a la altura del que sufre sus miserias.

No se trata de una compasión meramente humana o filantrópica, sino de compasión cristiana, mediante la cual cargamos con el dolor y el pecado ajenos, porque ese pecado ha estado redimido por Cristo, ese dolor ha sido bendecido y es el mismo Dios quien nos lo entrega para aliviar el peso del hermano. Solamente así sentiremos la alegría, en medio del dolor, y la felicidad de hacer el bien será nuestra más inmediata recompensa.

Nuestra misericordia para con los hermanos que sufren o que nos ofenden viene exigida por la misma justicia divina.

Si Dios perdona nuestros pecados ¿cómo no perdonar nosotros las pequeñas ofensas del prójimo?

Si Dios tiene misericordia de nuestra pobreza -tanto material como espiritual-, ¿cómo no vamos a tener misericordia de aquellos compañeros de camino que mendigan a nuestro lado un poquito de comprensión y amor?

## 1.3. “Misericordia quiero y no sacrificios” (Mt. 12, 7).

Estas son palabras del Antiguo Testamento de las que se hace eco el mismo Cristo.

Lo que importa en la vida del espíritu es el amor, no la apariencia de amor.

Lo que importa es el mucho amor: verdadera misericordia, con entrañas compasivas, no ritualismos. La apariencia de misericordia, los muchos rezos, las muchas ofrendas sobre el altar, todo esto, más que culto verdadero a Dios parece una injuria ante tantos hijos de Dios odiados, abandonados y despreciados por nosotros.

Decía Jesús: Si tienes cuentas pendientes con tu hermano, deja tu ofrenda sobre el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, a socorrerle, a ayudarle, a darle amor. Después vuelve, y una vez purificado, presenta la ofrenda de tu corazón a Dios.

Un corazón contrito, humilde y misericordioso el Señor no lo desprecia.

La misericordia de Dios se abraza con la misericordia del hombre. Con razón Cristo pudo gritar a los cuatro vientos: **Felices los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.**

## 2. El perdón en el Evangelio

El Papa Juan Pablo II, en su Encíclica "*Rico en Misericordia*", dice que esta gran realidad de la misericordia humana y cristiana "se ve con más evidencia en la parábola del hijo pródigo, donde la esencia de la misericordia divina es expresada de manera particularmente límpida" (n. 5).

Hemos de decir, sin embargo, que casi siempre que reflexionamos sobre esta parábola y sobre tantas otras cosas, nos conducimos como si fuéramos meros espectadores, sin sentirnos implicados en su proceso. Actitud lamentable, sin duda, pues no compromete a nada. Tratemos de que no acontezca lo mismo durante la reflexión que estamos iniciando. Que ella nos lleve a ponernos de rodillas ante Dios y a dejarnos abrazar por su misericordia.

Lograr eso no sería menguada ventura, pues en esa actitud está el lugar de la verdad, el lugar de la luz y del amor. Es el lugar en el que cada uno de nosotros debería querer estar, aunque dé mucho miedo llegar a él. Es el lugar donde recibiremos todo lo que deseamos, todo lo que esperamos, todo lo que necesitaremos. Pero es también, por contraste, el lugar donde cada uno tenemos que dejar, mediante un proceso de purificación interior, todo lo que hayamos querido retener con codicia. Ahí es donde uno se enfrenta con el hecho de que *aceptar de verdad* el amor, el perdón y la curación es, a menudo, mucho más duro que *entregarlo*. Es el lugar de la rendición y de la total confianza.

En los párrafos siguientes vamos a reflexionar, primero, sobre el hijo menor; después, sobre el hijo mayor, y por último, sobre el padre de la parábola. De hecho, todos somos o no hemos sido como el hijo menor y pródigo o como el hijo mayor, y todos deberíamos estar en camino de convertirnos en ese "padre" que nos presenta la parábola: padre y madre compasivos y misericordiosos. Así es nuestro Padre Dios.

### 2.1. El hijo menor

#### *Se marcha.*

La marcha del hijo es una experiencia que se está repitiendo todos los días en uno u otro hogar. A veces se avisa, otras no. "*¿Dónde está mi hijo, mi hija?*" Hemos visto a padres de familia rotos, de rodillas delante del sagrario, llorando amargamente: "*Pero ¿por qué se ha ido, si lo tenía todo?*". En ese hijo están todos los hijos, personas que se van, rompiendo el alma de sus seres queridos.

Comentando la frase "***Dame la parte de la herencia***", que es propia del hijo, escribió Bailey: "Durante más de quince años he estado preguntando a gente de todo tipo, desde Marruecos a la India, y desde Turquía a Sudán, acerca de las implicaciones que puede tener el hecho de que un hijo reclame su herencia en vida del padre. Y siempre he obtenido la misma respuesta: "se desea que el padre muera".

En ese caso, hemos de reconocer que la "marcha" del hijo es un acto mucho más ofensivo de lo que puede parecer a primera vista. Es un desgarró mortal.

### *Sordo a la voz del amor.*

"Marchar del hogar" es como negar la realidad espiritual de que pertenecemos a Dios, a la familia de los hijos de Dios.

Dejar el hogar significa ignorar o querer ignorar la verdad de que Dios nos ha moldeado en secreto, nos ha formado en las profundidades de la tierra y nos ha tejido en el seno materno, como reza el salmo (Salmo 139,13-15).

El hogar debe ser y haber sido el centro de nuestra existencia en comunión de vida y amor.

### *El hijo que se marcha del hogar busca donde no puede encontrar.*

Esta es la tragedia de tantos y tantos hombres y mujeres. Se marchan o se han marchado esperando encontrar en algún otro lugar, fácil y precipitadamente, lo que no son o fueron capaces de encontrar en su casa. Nuestras adicciones -a veces prematuras- nos llevan a hambrear y agarrar fieramente algunos modos de vida que el mundo llama equivocadamente "claves para la realización personal", como son la acumulación de poder, las riquezas con cierto despilfarro, el derroche de comida y bebida, la satisfacción sexual a cualquier precio...

Una vida en un "país lejano" es el señuelo que no deja ver la relativa bondad de lo que tenemos a mano cada día. Allí se fue el hijo menor, y allí se perdió, y lo perdió todo. Y lo perdió tan pronto, que rápidamente le sobrevino el hambre y con el hambre el vacío. A corto plazo, siempre está el vacío, el vacío de tantas personas que confundieron las "claves auténticas de realización personal".

Entonces pensó en su casa, en los jornaleros que vivían mejor que él ahora, y se dijo: "Me levantaré e iré de nuevo al hogar del que me marché". Pensarlo es fácil, pero a veces el regreso es un largo camino. Más largo que el irse con la herencia en el bolsillo y ansias de libertad desmedida. Lo dice la psicología, volver es como enderezar un árbol retorcido. Enderezar es una dura experiencia, pero es algo posible. Sobre todo, porque el padre del hijo pródigo, Dios nuestro padre, va delante de nosotros, pronto al perdón y la misericordia. Es el verdadero prodigio cuando reconocemos nuestros pecados, nuestras limitaciones. El prodigio de la humildad.

## **2.2. El hijo mayor**

¡Claro que el regreso es lo más importante! Pero la realidad es que los dos hermanos necesitaban volver a la casa del padre.

### *Resentido hermano mayor.*

Porque el hermano mayor, como tantos de nosotros, estaba perdido en el resentimiento. Aparentemente hizo lo que todo buen hijo debe de hacer: trabajaba muy duro todos los días; cumplía sus obligaciones, pero cada vez era más desgraciado y menos libre. Estaba también lejos del Padre. Amargado, resentido y enfadado.

Como hijo modelo, hablaba así a su padre: "*Hace mucho años que te sirvo...*" "*Y no has matado un cabrito*". Resentimiento interior. Su hermano era un pecador y ahora, porque regresa, le hacen una fiesta. Y en su interior bulle ardoroso el orgullo, el egoísmo escondido.

Hay mucho resentimiento también entre los "justos", entre los "rectos". Hay mucho juicio, condena y prejuicio entre los "santos". ***Y ahí podemos estar cada uno de nosotros.***

### *Le falta la alegría por el que se arrepiente*

El hermano mayor está sin alegría, sin el gozo por el que se arrepiente. Por eso repite en su interior "*He trabajado tan duro...*" y no recibe los honores y beneficios que reciben otros sin haber trabajado nada. ¡Lástima de la alegría que se pierde a causa de pequeños rechazos y descuidos!

Esa queja, ese lamento, si crece también en mí, en cada uno de nosotros, y nos quita la alegría, es la imagen del hermano mayor, que no es capaz de compartir la alegría del Padre.

### *Acoge a pecadores y come con ellos.*

Así decían de Jesús, por su gran corazón y acogida. Todo ello nos pone cara a cara ante una de las cuestiones espirituales más difíciles: la de confiar o no confiar en el amor de Dios que lo perdona todo.

Otra cosa importante, que se formula con interrogante: ¿No será más difícil en ocasiones al hijo mayor, al justo, al cumplidor, volver a la casa del Padre desde su postura intransigente? ¡Qué difícil resulta a veces a los justos volver a la alegría!

Seamos sinceros: Es bueno, muy bueno, ser obediente, servicial, cumplidor de las leyes; pero sin dejarse atrapar por el rencor, la ira y el resentimiento, que todo lo destrazan.

## **2.3. El Padre**

### *Quien mucho ama, mucho espera.*

"*Cuando aún estaba lejos..., salió a su encuentro, le abrazó y lo cubrió de besos*". El anciano obró como un padre, como una madre. Para él, todos los hijos son predilectos. Así es como Dios ama: con un amor divino, con un amor que da todo a cada hombre y a cada mujer, sin establecer nunca comparaciones. Por amor, paga igual a los obreros que sólo trabajaron una hora que a los que habían "soportado el peso del día y el calor".

Dios nos mira como a hijos de una familia, feliz al ver que aquellos que han hecho poco son amados de igual manera que los que han hecho mucho.

Es el corazón de Dios quien sale al encuentro de sus dos hijos, porque quiere a los dos, y espera verlos juntos, aun siendo diferentes. Es Él quien nos eligió a nosotros. Desde la

eternidad estamos escondidos "al amparo de la mano de Dios" (Is. 49,2; 16). "Nos forma en lo oculto", "nos teje en las honduras de la tierra" (Salmo 139,15).

### *Dejémonos convertir.*

Hay que dejarse convertir por Él, repitiendo la experiencia de profeta: "Me sedujiste y me dejé seducir, Señor". Y cuando esto ocurre hay fiesta en el cielo y en la tierra: en la persona, en la comunidad, en el Corazón de Dios.

Una última idea importante: Cada uno hemos de intentar ser como el Padre de la parábola y tener esos sentimientos con todos los hombres y mujeres: los que están cerca y los que están lejos.

*"¡Alegraos!, he encontrado la oveja que se había perdido".*

## **3. Fuentes de inquietud ante el perdón y la misericordia**

El Papa Juan Pablo II en la Encíclica "*Rico en Misericordia*" (nn 10-11) indica que *"existen inquietudes e imposibilidades que atañen a la respuesta profunda que el hombre sabe que debe dar a la misericordia y al perdón. Quizá por eso, el panorama del mundo contemporáneo presenta sombras y desequilibrios no siempre superficiales"*.

*"Gaudium et Spes"* (n 109) , se dice: *"Los desequilibrios que sufre el mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre..."*

*El hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas solicitudes tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad"*.

De ahí que aumente en nosotros la sensación de amenaza.

### **3.1. Sensación de amenaza**

Decía el Papa el año 1980: *"Está aumentando el temor existencial ligado sobre todo a la perspectiva de un conflicto"*. Sabía bien lo que se decía en esa fecha. El conflicto amenazante estaba no sólo en los arsenales atómicos de distintos países sino en el empleo temible de sustancias químicas en manos de los agentes destructores. Entrar en conflicto podía significar la destrucción parcial de la humanidad.

Sin embargo, en nuestra reflexión y conciencia, la amenaza de conflicto no concierne únicamente a lo que unos hombres pueden hacer a otros valiéndose de la técnica militar; afecta también, y de forma muy importante, a otros muchos peligros, que son producto

de una sociedad materialista, la cual -no obstante las declaraciones "humanísticas"- acepta la primacía de las cosas sobre la persona.

El hombre contemporáneo tiene miedo a que, con el uso de esos medios mortíferos inventados por nuestra civilización, cada individuo, lo mismo que los ambientes, las comunidades, las sociedades, las naciones, pueda ser víctima del atropello de otros individuos, ambientes, sociedades (como estamos viendo que ocurre cada día). La historia de nuestro siglo ofrece abundantes ejemplos. A pesar de todas las declaraciones sobre los derechos humanos en su dimensión integral, esto es, en su existencia corporal y espiritual, no podemos decir que esos ejemplos sean solamente cosa del pasado.

### 3.2. Miedos - remordimientos

El hombre tiene miedo de ser víctima de una opresión que le prive de la libertad interior, de la posibilidad de manifestar exteriormente la verdad de la que está convencido, de la fe que profesa, de la facultad de obedecer a la voz de la conciencia que le indica la vía recta a seguir.

Los medios técnicos a disposición de la civilización actual, ocultan, en efecto, no sólo la posibilidad de una auto-destrucción por vía de un conflicto militar -como realmente se está dando en distintas partes del mundo-, sino también la posibilidad de una subyugación "pacífica" de los individuos, de los ambientes de vida, de sociedades enteras y de naciones, que por cualquier motivo pueden resultar incómodos a quienes disponen de medios suficientes y están dispuestos a servirse de ellos sin escrúpulos.

Se piensa también en la tortura, todavía existente en el mundo, ejercida sistemáticamente por la autoridad como instrumento de dominio y de atropello político, y practicada impunemente por los subalternos.

Junto a la conciencia de la amenaza biológica, crece la conciencia de otra amenaza, que destruye aún más lo que es esencialmente humano, lo que está en conexión íntima con la dignidad de la persona, con su derecho a la verdad y a la libertad.

Todo esto se desarrolla sobre el fondo de un gigantesco remordimiento constituido por el hecho de que, al lado de los hombres y de las sociedades bien acomodadas y saciadas, que viven en la abundancia, sujetas al consumismo y al disfrute, no faltan dentro de la misma familia humana individuos y grupos con grandes carencias y hambre. No faltan niños que mueren de hambre a la vista de sus madres. No faltan en diversas partes del mundo, en diversos sistemas socioeconómicos, áreas enteras de miseria, de deficiencia, de subdesarrollo. Este hecho es universalmente conocido. El estado de desigualdad entre hombres y pueblos no sólo perdura, sino que va en aumento. Sucede todavía que, al lado de los que viven acomodados y en la abundancia, existen otros que viven en la indigencia, sufren miseria y con frecuencia mueren incluso de hambre; y su número alcanza decenas y centenares de millones.

Por eso, la inquietud moral está destinada a hacerse más profunda. Evidentemente, un defecto fundamental o más bien un conjunto de defectos, más aún, un mecanismo defectuoso, está en la base de la economía contemporánea y de la civilización materialista, que no permite a la familia humana alejarse de situaciones tan radicalmente injustas.



Esta imagen del mundo de hoy, donde existe tanto mal físico y moral como para hacer de él un mundo enredado en contradicciones y tensiones y, al mismo tiempo, lleno de amenazas dirigidas contra la libertad humana, la conciencia explica la inquietud y el miedo a los que están sujetos los hombres y mujeres de nuestro mundo.

Tal inquietud es experimentada no sólo por quienes son marginados u oprimidos, sino también por los que disfrutan de los privilegios de la riqueza, del progreso y del poder. Y si bien no faltan tampoco quienes buscan poner al descubierto las causas de tales inquietudes, o reaccionan con medios inmediatos puestos a su alcance por la técnica, la riqueza y el poder; sin embargo, en lo más profundo del ánimo humano, esa inquietud supera todos los medios provisionales. Es la existencia humana la que está en juego.

>Esta inquietud está vinculada con el sentido mismo de la existencia del hombre en el mundo; es inquietud para el futuro del hombre y de toda la humanidad, y exige resoluciones decisivas que ya parecen imponerse al género humano.

## 4. La misericordia y el perdón en la misión de la Iglesia

Muchas comunidades eclesiales han tenido conciencia clara y profundo deseo de una *vida justa* para todos los seres humanos, también para los pueblos oprimidos. Misericordia y perdón, sí; pero la misericordia y el perdón no eliminan las luchas y suplen a la necesaria búsqueda de la justicia en el mundo

La justicia es una tarea que nos obliga a todos. Sin justicia es imposible la paz. Junto a ella, no en vez de ella, deben trabajar la misericordia y el perdón. Para ir más allá de la estricta justicia, hay que haber llegado a la justicia. Porque la experiencia demuestra que el rencor, el odio, e incluso la crueldad, han tomado la delantera a la justicia.

### 4.1. Dar testimonio

**"Perdona nuestras ofensas"...** Esta petición del Padre Nuestro es sorprendente, no en sí misma, sino porque en su segunda parte se sugiere que la petición no será escuchada si no se corresponde en la vida con una actitud noble: *"como también nosotros perdonamos"*.

En esta petición nos volvemos a Dios como lo hizo el hijo pródigo, y hemos de sentirnos pecadores ante Él como el publicano. Se muestra así, por una parte, nuestra miseria, y, por otra, su misericordia. Y nuestra esperanza es firme porque, en su Hijo, tenemos "la redención, la remisión de nuestros pecados". El signo eficaz e indudable del perdón de Dios lo encontramos los creyentes en los sacramentos de la Iglesia.

Lo temible es que el desbordamiento de divina misericordia no pueda penetrar en nuestro corazón, porque no estamos dispuestos a perdonar a quienes nos han ofendido.

El Amor, como el Cuerpo de Cristo, es indivisible; no podemos amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano o a la hermana a quienes tenemos delante. Al

negarnos a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre. En cambio, en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia.

La parábola del siervo sin entrañas, que, siendo él perdonado, ni quiso perdonar a sus servidores, y por ello fue condenado (Mt. 18,23-35), acaba con esta frase: "Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis cada uno de corazón a vuestro hermano"

Allí es, en efecto, en el fondo del "corazón", donde todo se ata y se desata. Este es el meollo de toda la reflexión que estamos haciendo. No está en nuestra mano el hecho de no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión.

## 4.2. Encarnar el perdón y la misericordia en la vida.

Eso se cumple en las obras de misericordia. Algo que teníamos que tener siempre presente en nuestra vida cristiana. Decimos presente, en el sentido de que algo que se realiza, se práctica, se hace habitual en nuestra manera de ser. ¡Ojalá nuestra manera de ser fuera ser misericordiosos!

Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (Is. 58, 6-7; Hb. 13,3). Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras de misericordia espiritual, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo al que no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos.

Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres es uno de los principales testimonio de caridad fraterna; es una práctica de justicia que agrada a Dios.

*El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer que haga lo mismo (Lc. 3,11). Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros (Lc. 11,41).*

*Si un hermano o hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: "Id en paz, calentaos y hartaos"; pero si no le dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?" (St. 2,15-16; 1 Jn. 3,17).*

Bajo sus múltiples formas -indigencia material, opresión injusta, enfermedades físicas, psíquicas, espirituales y, por último, la muerte- la miseria humana es el signo manifiesto de la debilidad congénita en que se encuentra el hombre tras el primer pecado y de la necesidad que tiene de salvación. Esta miseria humana es la que tiene más necesidad de salvación. Decía Santa Rosa de Lima: "Cuando servimos a los pobres y a los enfermos, servimos a Jesús. No debemos cansarnos de ayudar a nuestro prójimo, porque en ellos servimos a Jesús".

### 4.3. Esta misericordia de Dios es grande en el sacramento de la reconciliación.

Lo decimos cada vez que recitamos el Credo: *"Creo en el perdón de los pecados"*

Al dar el Espíritu Santo a sus apóstoles, Cristo resucitado les confirió su propio poder divino de perdonar los pecados: *"Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos"* (Jn. 20,22-23).

Por medio del sacramento de la Penitencia, el bautizado puede reconciliarse con Dios, con la Iglesia y con la comunidad. No hay ninguna falta por grave que sea que la Iglesia no pueda perdonar. No hay nadie, tan perverso y tan culpable, que no deba esperar con confianza su perdón siempre que su arrepentimiento sea sincero. Cristo que ha muerto por todos los hombres quiere que, en su Iglesia, estén siempre abiertas las puertas del perdón a cualquiera que vuelva del pecado.

San Agustín decía: *"Demos gracias a Dios que ha dado a la Iglesia semejante don"* (Serm. 213,8)

## 5. El amor es más fuerte que el mal

### 5.1. La Fuerza del mal

Decíamos que existe el mal. Ahora vemos su fuerza. La Cruz de Cristo en el Calvario es el testimonio de la fuerza del mal. La Cruz es la inclinación más profunda de la divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre, de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos, llama su infeliz destino. La cruz es como un toque de amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre, es el cumplimiento, hasta el final, del programa mesiánico que Cristo formuló una vez en la sinagoga de Nazaret y repitió más tarde ante los enviados de Juan el Bautista, siguiendo las palabras ya escritas en la profecía de Isaías. Tal programa consistía en la revelación del amor misericordioso a los pobres, a los que sufren, los prisioneros, los ciegos, los oprimidos y los pecadores.

En el misterio Pascual es superado el mal múltiple, del que se hace partícipe el hombre en su existencia terrena. La cruz de Cristo, en efecto, nos hace comprender las raíces más profundas del mal que ahondan en el pecado y en la muerte; así la cruz se convierte en signo escatológico. Solamente en el cumplimiento escatológico y en la renovación definitiva del mundo, el amor vencerá en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal, dando como fruto plenamente maduro el reino de la vida, de la santidad y de la inmortalidad gloriosa. El fundamento de tal cumplimiento escatológico está encerrado ya en la cruz de Cristo y en su muerte. El hecho de que Cristo "ha resucitado al tercer día" constituye el signo final de la misión mesiánica, signo que corona la entera revelación del amor misericordioso en el mundo sujeto al mal.

## 5.2. Cristo llama al corazón de cada hombre

¿No toma quizá Cristo tal posición respecto al hombre cuando dice *"cada vez que habéis hecho estas cosas a uno de éstos..., me lo habéis hecho a mí"*? Las palabras del Sermón de la montaña: *"Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia"*, ¿no constituyen en cierto sentido una síntesis de toda la Buena Nueva, de todo el "cambio admirable" en ella encerrado, que es una ley sencilla, fuerte y "dulce" a la vez de la misma economía de la salvación? Estas palabras del sermón de la montaña, al hacer ver las posibilidades del "corazón humano" en su punto de partida ("ser misericordiosos"), ¿no revelan, quizá, dentro de la misma perspectiva, el misterio profundo de Dios: la inescrutable unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la que el amor, conteniendo la justicia, abre el camino a la misericordia, que a su vez revela la perfección de la justicia?

Este es el Hijo de Dios que en su resurrección ha experimentado de manera radical en sí mismo la misericordia, es decir, el amor del Padre que es más fuerte que la muerte. Y es también el mismo Cristo, Hijo de Dios, quien al término -y en cierto sentido, más allá del término- de su misión mesiánica, se revela a sí mismo como fuente inagotable de misericordia, del mismo amor que, en la perspectiva ulterior de la historia de la salvación de la Iglesia, debe confirmarse más fuerte que el pecado. Y esta es la esperanza de cada uno de nosotros.

El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente. Por eso cada uno de nosotros debemos decir con el salmista: *"Cantaré eternamente las misericordias del Señor"*.

## 5.3. La Madre de la Misericordia

*"Su misericordia, de generación en generación"*.

María, la Madre de misericordia, abre, ya desde el momento de la encarnación, una perspectiva nueva en la historia de la salvación. Después de la resurrección de Cristo, esta perspectiva se hace nueva en el aspecto histórico y, a la vez, lo es en el sentido escatológico. Desde entonces se van sucediendo nuevas generaciones de hombres dentro de la inmensa familia humana; se van sucediendo nuevas generaciones del Pueblo de Dios, marcadas por el estigma de la cruz y de la resurrección, "selladas" a su vez con el signo del misterio pascual de Cristo, revelación absoluta de la misericordia proclamada por María.

María ha experimentado -como nadie- la misericordia y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina. Nadie como ella ha acogido en su corazón este misterio: aquella dimensión divina de la redención, llevada a efecto en el calvario mediante la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su corazón de Madre. Ella es la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina. Sabe su precio y sabe cuán alto es. Por eso la llamamos Madre de la misericordia, Virgen de la misericordia: para todo hombre, para la humanidad entera.

## 5.4. Conclusión

En el último Capítulo General celebrado por los Dominicos en Providence (Estados Unidos) una de las palabras que se pronunciaron hacía referencia al tema de esta reflexión. Allí se habló de la "misericordia veritatis", la misericordia de la verdad.

Hay que llevar a esta humanidad dolida, sangrante, enfrentada, una palabra de perdón, de amor, de compasión: la verdad del amor de Dios a todos los hombres, especialmente a los que están hoy más crucificados.

**Sea éste el reto al que tratemos de dar respuesta en la celebración de la Cuaresma del año 2002, para que todos los hombres, amándonos y perdonándonos con entrañas de misericordia, contribuyamos a la formación de un HOMBRE NUEVO, hijo de Dios.**